

LA OLA NEOFASCISTA EN AMÉRICA LATINA: FUNDAMENTOS IDEOLÓGICOS Y EJERCICIO DEL PODER

Autor: SIGFRIDO REYES

“No olvides nunca que los menos fascistas
de entre los fascistas también son fascistas”.

Roque Dalton. “Poemas Clandestinos”

I. INTRODUCCIÓN

El fascismo como ideología y como práctica política ha regresado a nuestro Continente. Tiene expresiones concretas, algunas ya ejerciendo el poder, y otras preparando las condiciones para conquistarlo. Tiene líderes y tiene seguidores, tiene fuerza social más o menos organizada. En algunos casos tiene proyectos programáticos con cierta estructura y coherencia, en otros simplemente la camarilla neofascista se dedica al tradicional saqueo de las arcas públicas, valiéndose de la represión física y judicial, en un vulgar ejercicio de corrupción y enriquecimiento..

Hay quienes cuestionan la noción de que lo que estamos presenciando en países como El Salvador, Ecuador y Argentina, se trata de un fenómeno de esencia fascista. Alegan que lo que se observa es algo distinto, al menos en ciertas formas, a lo que fue el fascismo alemán, italiano o español del siglo pasado, o a sus variantes latinoamericanas de la segunda mitad del mismo. Nos aseguran que lo que tenemos en frente son gobiernos de extrema derecha habituales: autoritarios, ultra-neoliberales y sin el menor sentido de identidad nacional y soberanía. Cometen abusos contra los derechos humanos y las libertades cívicas, pero no son exactamente regímenes fascistas.

Un elemento coyuntural, pero muy determinante, es que en los Estados Unidos, la potencia imperialista que más influencia tiene en la región, se ha instalado en el gobierno una corriente política francamente filo-fascista, que no oculta su interés de apadrinar a los proyectos neofascistas en América Latina y otras partes del mundo, mientras avanza en su agenda retrógrada en su propio país. Las actividades de la llamada Conferencia Política de Acción Conservadora CPAC, patrocinada por el ala más extrema derecha del Partido Republicano de Estados Unidos, se han convertido en el paraguas que aglutina a las figuras del movimiento neofascista global, desde Milei hasta Bukele, desde Trump hasta Bolsonaro, sin dejar atrás a Giorgia Meloni, Santiago Abascal y Marine Le Pen, y a ideólogos de la talla de Steve Bannon.

Antonio Gramsci, hace ya casi un siglo, se dio a la tarea de analizar el fascismo. Su enfoque no fue meramente histórico, sino político y filosófico: buscó explicar por qué el fascismo triunfó en Italia y qué implicaba para la lucha de clases y la estrategia revolucionaria. Gramsci sostiene que el fascismo surge como una reacción de las clases dominantes frente a las amenazas de un cambio revolucionario de carácter socialista. Se trata de una reacción, en la que las clases dominantes reorganizan el poder para frenar la revolución socialista.

El dominio fascista, sostuvo Gramsci, no es solamente por represión, sino también por cierto consenso social. Aunque es un proyecto de las clases dominantes para llegar al poder y gobernar lo hace sobre una base social concreta, incluyendo componentes de extracción popular. En otras palabras, el fascismo es un fenómeno de masas, alienadas, manipuladas, sometidas a la promesa fascista. En ese sentido, Gramsci nos recuerda que el avance del fascismo se da en un contexto histórico-político donde la izquierda ha cometido errores estratégicos, como la incapacidad de construir acuerdos y propuestas políticas unificadas frente a una crisis nacional. Se genera un vacío político, y justo en ese momento aparece la propuesta fascista, ofreciendo orden frente a la crisis, soluciones rápidas y fáciles frente a problemas complejos y profundos. El modelo político fascista representa en esencia una reorganización autoritaria del poder burgués, apoyada en parte por una base social popular, que se abre paso ante la incapacidad de la izquierda para construir o preservar hegemonía.

El fascismo es una de las formas más extremistas de la ideología derechista. Se distingue por su radicalidad y uso de la violencia, implica la anulación de las libertades políticas y civiles por parte de un Estado todopoderoso y totalitario, que elimina, usando la persecución judicial arbitraria, la cárcel, la tortura, el destierro y el asesinato, a las figuras y movimientos opositores, en especial de la izquierda, y al mismo tiempo suprime los derechos humanos de la población en general. Esta ideología extremista de derecha se sostiene generalmente en torno al culto a la personalidad de un líder de rasgos mesiánicos, quien se proclama el elegido para “salvar a su pueblo” y llevarlo a niveles de gloria y bienestar nunca vistos. Eso es lo que distingue al **fascismo**.

Hoy en día, el renacer del fascismo en América Latina se manifiesta claramente en varios proyectos políticos que se han hecho con el poder o aspiran a hacerlo, en varios países de la región. Evidentemente no se trata de copias exactas de los experimentos fascistas del pasado. Estamos frente a mutaciones políticas, que incorporan elementos novedosos, como por ejemplo el uso intensivo de las plataformas digitales de comunicación, o la íntima conexión con movimientos religiosos de extrema derecha. Con toda justeza se pueden calificar a estos movimientos políticos como neofascistas, pues en esencia retoman las características del fascismo clásico ya señaladas.

En otras palabras, el neofascismo latinoamericano es una forma contemporánea del fascismo histórico del siglo XX, pero adaptada a los contextos políticos, sociales, tecnológicos y culturales de América Latina del siglo XXI. No se presenta de manera idéntica al fascismo europeo clásico, sino que combina los rasgos del último con dinámicas locales, populismo, medidas neoliberales e invocaciones religiosas. En todo caso, se aferran al autoritarismo violento como método para gobernar y el ultra-conservadurismo como sustento ideológico. Como los viejos fascistas, retoman un nacionalismo trasnochado, con exaltaciones a la “patria” o a la identidad nacional, con narrativas anti-inmigración en algunos países y rechazo a las élites o personajes emblemáticos del llamado *globalismo*.

Los distingue también su anticomunismo radical, la narrativa de un enemigo interno, a la usanza de las viejas dictaduras militares del llamado “modelo de seguridad nacional”, que les ayude a justificar las políticas represivas. Ese enemigo interno incluye desde luego a los partidos de izquierda o socialistas, los sindicatos, los movimientos feministas y ambientalistas, los medios de comunicación alternativos, los defensores de los derechos humanos y los intelectuales que no se someten a los dictados del régimen.

Al igual que sus contrapartes europeas, como la Alternativa por Alemania, VOX en España o Fratelli d'Italia de Georgia Meloni, que se esfuerzan por borrar de la memoria los genocidios cometidos en la Europa del siglo pasado, los neofascistas en América Latina son partidarios del revisionismo histórico, con el que procuran minimizar las atrocidades de las dictaduras militares y las violaciones masivas de derechos humanos. En casos particulares elaboran toda una apología del autoritarismo.

El conservadurismo moral y religioso ocupa un lugar muy presente en la ideología del neofascismo latinoamericano, que se apoya ya sea en el catolicismo reaccionario o en el evangelismo pentecostal y pro-sionista, o en ambos a la vez. Desde esta postura, legitiman agendas contra el aborto, la educación con perspectiva de género, la educación sexual y los derechos de la diversidad sexual. Apoyan de forma descarada al Estado sionista de Israel, en la ocupación y el genocidio contra el pueblo de Palestina.

La práctica política de los neofascistas contemporáneos está marcada por el populismo autoritario, y en algunos casos punitivo, la concentración abusiva e ilegítima del poder y la anulación de los contrapesos institucionales, siempre apelando a la “voluntad del pueblo” y a un invisible “mandato divino”. Un elemento que les es común es la deslegitimación de las instituciones democráticas, como son los sistemas de justicia,

los partidos políticos, la prensa independiente y los organismos de derechos humanos. Y, al igual que en el fascismo clásico, los neofascistas latinoamericanos se agrupan en torno a un líder tan carismático como mesiánico, de rasgos personales claramente autoritarios e intolerantes, al que le atribuyen capacidades infalibles, casi mágicas, para conducir los destinos de un país, salvándolo de las amenazas y llevándolos hacia una futuro de bonanza, seguridad y felicidad.

El líder neofascista encabeza la violencia, la simbólica y la real, con un feroz discurso de odio, hostigamiento y persecución a los opositores. En ciertos casos, es quien dirige personalmente las acciones de grupos paramilitares, o las negociaciones secretas con organizaciones criminales, para alcanzar pactos de estabilidad y mutuo beneficio, que le permitan presentarse como pacificador y hombre fuerte que garantiza de la seguridad.

Los íconos del neofascismo contemporáneo sostienen, no sin razón, que la lucha por el poder es esencialmente una batalla cultural. Por ello no escatiman esfuerzos para controlar los contenidos educativos, practicar la censura y silenciar a voces disidentes, sean del ámbito político-partidario, académico, social, religioso o incluso empresarial. Se estigmatiza el disenso, cualquier personaje desafecto al régimen neofascista es señalado como “traidor”, “comunista” o “enemigo de la nación”. Aplastar las voces críticas, sea bajo el recurso de la cárcel, el asesinato o el exilio, se vuelve una tarea urgente, para mantener la uniformidad en el pensamiento colectivo, bombardeado sistemáticamente por la propaganda fascista.

En este punto es necesario subrayar que el fascismo moderno ha encontrado en el uso de las redes sociales y otras tecnologías de datos, herramientas valiosas para difundir masivamente sus mensajes y relatos. La estrategia comunicacional del fascismo contemporáneo se traduce en el uso intensivo de propaganda digital: campañas masivas en redes sociales, uso de fake news y maniobras de desinformación, todo ello con el apoyo de ejércitos de *trolles* y granjas de *bots*. Los neofascistas relanzan los manuales de propaganda, desde los clásicos de Joseph Goebbels hasta los contemporáneos de Steve Bannon, que plantean sin ambages que la toma del poder y su consolidación por una movimiento de extrema derecha demanda del uso intensivo, radical y sistemático de la mentira y la propaganda.

En lo que respecta a la economía es evidente que el neofascismo latinoamericano impulsa un programa neoliberal. El Estado, en su dimensión social, y el gasto público asociado con el mismo son una carga. El Estado les es valioso únicamente en 2 direcciones: disponer de un aparato represivo fuerte, por un lado, y como una herramienta para hacer negocios y enriquecerse ilegítimamente, por el otro. Todo lo demás está sujeto a reducción o desmantelamiento, lo que se realiza de manera rápida

e inconulta. El estamento político neofascista, aunque presume de independencia frente a los poderes económicos, en realidad se sustenta en alianzas con élites tradicionales que controlan las grandes corporaciones, sean nacionales o extranjeras. Los pactos para aplicar políticas privatizadoras y desreguladoras son lo habitual en la relación con los grupos que ostentan el poder económico. Todo ello sin perjuicio de las aspiraciones de los jerarcas fascistas de hacerse de su propio asiento en la mesa de los oligarcas, en condiciones de igualdad. La llamada *acumulación originaria* de capital por los aspirantes a oligarcas está sustentada en la expoliación de los fondos públicos y en negocios corruptos, de los cuales obtienen cuantiosos beneficios.

Podemos también destacar la existencia de un neofascismo judicial. La práctica del llamado *lawfare* es ahora un hecho común en el arsenal neofascista latinoamericano, alentado sin disimulo desde Washington. Uno tras otros, diversos líderes de la izquierda en la región han caído víctimas de la persecución judicial amañada y arbitraria, donde el papel central lo juegan fiscales y jueces inescrupulosos y corruptos, que pervierten las leyes y la justicia actuando como *sicarios judiciales*. En la lógica anti-jurídica del *lawfare*, los dirigentes de la izquierda partidaria y social terminan siendo víctimas de casos montados, fabricación de pruebas y jueces subordinados a la agenda política del régimen neofascista, donde lo menos importante es la verdad y el así llamado debido proceso judicial. Lo más escandaloso de todos estos procesos es que buscan asociar a líderes de izquierda y progresistas, que han sido emblemáticos en la denuncia de prácticas corruptas y el saqueo del Estado, a imaginarios esquemas de corrupción, que nunca se pueden comprobar judicialmente .

Es importante constatar que los regímenes neofascistas que se han instalado ya en América Latina, y los proyectos que luchan con ese mismo objetivo, están lejos de ser fenómenos reducidos, con unos cuantos seguidores y líderes aislados de la sociedad. Al contrario, estamos, como en la época del fascismo clásico, frente a movimientos que logran importante apoyo social, en parte porque su discurso demagógico logra ilusionar a sectores frustrados o desmotivados, ya sea porque perdieron relevancia en la sociedad, resultado de los cambios estructurales en la economía, o porque dejaron de creer en opciones de izquierda o progresistas. El neofascismo latinoamericano, así como el que ha resurgido en la sociedad estadounidense, tiene base social, que es alimentada permanentemente con el mensaje de odio y rechazo al recién fabricado “enemigo interno”, sea éste “los izquierdistas”, “los comunistas”, “los migrantes”, los “anti-sociales”, “los extranjeros” o cualquier otra categoría o grupo, siempre y cuando se galvanice a los seguidores de la propuesta neofascista. Recordando nuevamente a Gramsci, el fascismo surge como un movimiento de esencia contra-revolucionaria, para derrocar a un gobierno popular, con un programa socialista, o para frenar su ascenso al

poder. Todos estos están muy presentes en los experimentos neofascistas que estamos viviendo en la región.

Finalmente, sin pretender agotar la descripción del fenómeno neofascista en América Latina, debe destacarse la militarización de la seguridad pública, la elevación de las fuerzas armadas a una nueva categoría como actores políticos en la sociedad, siempre que se mantengan subordinadas y fieles al líder fascista. Todo ello se logra mediante la corrupción de los jefes militares y policiales, que reciben prebendas e impunidad. No se puede ignorar, por supuesto, que los gobernantes neofascistas en la región, o quienes aspiran a serlo, se declaran abiertos seguidores de la ultraderecha global, en especial de la de los Estados Unidos. No ocultan su subordinación a las políticas imperialistas de Washington, a cambio de disfrutar del aval y del aplauso de los gobiernos de ese país. Su ocasional discurso “soberanista”, que aparece cuando son señalados por entidades internacionales por violentar los derechos humanos y suprimir las instituciones de la democracia liberal, palidece frente a sus posturas de sometimiento ante el imperio.

Ciudad de México, Septiembre de 2025